

# Tenor, maestro

Pablo Espinosa

La voz es el sonido de nuestra especie: así suena el cuerpo humano, así vibra la realidad humana.

Es la fuerza de la tribu.

El canto convoca a toda la especie y ésta es toda la gracia del arte vocal en sus distintos momentos, espacios, alturas, fortaleza o suavidad.

La música vocal es la que comunica más rápida y profundamente a los humanos.

Es la esencia de lo que somos.

Es por eso que Carlos Montemayor cantaba.

Y la razón por la cual grabó cinco discos compactos y dejó material para un sexto, obedece a su generosidad inmensa.

Quien quiera saber cómo suena el cuerpo humano, cómo vibra la realidad humana, comunicarse rápidamente con su espíritu y saber de la esencia de lo que somos, basta con escuchar alguna de estas grabaciones.

Las primeras líneas de este texto son algunos de los muchos regalos que recibí de mi maestro. La mañana de un sábado, en su casa, junto a su piano y sus partituras, le pregunté: ¿por qué la música?, ¿por qué de la música, lo primigenio, el canto? Y con su voz pausada, su cantilación de músico, enunció tan bella prosa hablada.

Las cosas importantes en este sendero de sabiduría y aprendizaje ocurrían los sábados.

Su amor por la música, me contó en las horas siguientes a un viernes agitado, fue anterior a su amor por las letras.

Estaba por cumplir nueve años —narró, con emoción de niño— cuando vio a un minero tocar la guitarra. Hosco, tosco, las manchas de la jornada laboral en su atuendo. Pero lo que llamó la atención del niño Carlos fue que de esas manos ásperas, agrietadas, casi fieras, sus uñas duras, negras, quebradas, nacía belleza. Le quedó claro: cualquiera de nosotros puede producir música y para ello no debe someterla, simplemente ayudarla a que brote.

La música, narraba Carlos cuando era sábado por la mañana, siempre estuvo en su familia, en su casa.

Las voces de mi padre y de mi madre eran estupendas. Mi abuelo paterno también era un buen músico, en guitarra, salterio, violín. Un hermano de mi abuela cantó con Caruso cuando el tenor italiano estuvo en México.

En mi casa, en Parral, había muchas reuniones con los mejores guitarristas del rumbo. Guitarristas asombrosos, extraordinarios, entre ellos mi maestro de guitarra era de los más exigentes y excelentes en toda la comarca. El músico chihuahuense es muy bueno, muy autocrítico, exigente. Ése quizá sea el punto clave. Hay una disciplina que nace supongo del mismo medio cultural de los desiertos chihuahuenses que nos obliga a ser tenaces. Quizá sea eso.

Los estudios de Carlos Montemayor en Chihuahua y en la Facultad de Filosofía y Letras fueron tan intensos como sus estudios musicales, que iniciaron en las cantinas de Parral, porque ahí lo citaba su maestro los sábados y otros días a la una de la tarde y el niño Carlos Montemayor asoció en su memoria las notas musicales, los distintos tonos de cada cuerda en el diapason de la guitarra, con el olor a aserrín y a cocido, pues junto a la clase de música ocurrían los preparativos para el ritual cotidiano de los comensales.

Quien culminó su formación musical fue el barítono Roberto Bañuelas, a su vez escritor y pintor.

Con él aprendí no sólo la música, el canto. También aprendí que no hay barreras en las disciplinas artísticas si uno se acerca con tenacidad, con voluntad y, sobre todo, con amor.

Una mañana de no hace muchos sábados en casa con Carlos Montemayor. Le pregunto:

—¿Resulta provocador y crítico en demasía apelar a la unidad renacentista de, por ejemplo, cantar como escribir o escribir como cantar, diversificar las vías de acceso al conocimiento?

—Es muy posible —respondió el maestro— que el mundo esté más tranquilo si alguien es solamente zapatero o dentista o escritor o fotógrafo o ingeniero. Cuando se hacen más cosas de las debidas se provoca cierto nerviosismo, pero la mayor parte de los artistas se dedica a más de una de las disciplinas de arte.

James Joyce, por ejemplo, era un excelente tenor y decidió desterrarse de Irlanda porque en un concurso de la Ópera de Dublín le dieron el segundo lugar y no el primero, que lo obtuvo por cierto John McCormick, admirado por Caruso.

En México, Eduardo Lizalde es un barítono muy poderoso y conocedor de la ópera a fondo. David Huerta es un estupendo guitarrista. Alberto Blanco y Evodio Escalante son magníficos pianistas. Tito Monterroso, Fernando del Paso, Marco Antonio Montes de Oca son también pintores. A mí me tocó la buena suerte de, además de ser escritor, ser músico y, dentro de la música, ser cantante. Y eso me apasiona.

La pasión. Carlos Montemayor es ante todo un poeta. Un hombre del Renacimiento que vivió la segunda mitad del siglo XX y la primera década del siglo XXI. Entre sus numerosos, merecidos como nadie, premios y distinciones académicas, enumero el más importante, el que forma parte de su inmortalidad ahora: Doctorado en el saber de la naturaleza humana.

Tradujo a Píndaro, Séneca, Pessoa, Ledo Ivo, Camoens y Safo, por igual y cultivó el saber en otras lenguas con la misma docta exactitud en comunidades mixtes, zapotecas, chinantecas, mayas. A la literatura en lenguas indígenas de México y América Latina adjuntó el amor experto, igualitario, con las odas de los bucólicos griegos y los líricos y los elegíacos helénicos y la deliciosa, Eros en flor, poesía de los goliardos.

Hablar distintos idiomas es privilegio del oído. El oído interno de un músico es la piedra de toque de su manera de entender el mundo. Carlos Montemayor disfrutó del don de la palabra en griego clásico, latín, francés, italiano, portugués, náhuatl, zapoteco, rarámuri, maya, porque cultivó su oído interno como solamente un músico profesional sabe hacerlo. La cantilación del griego clásico, su encabalgamiento sonoro, se espejea con las exhalaciones e inhalaciones en lengua

maya, de manera semejante a los paisajes griegos y los paisajes mayas. Eso avivaba la pasión en Carlos Montemayor. Y eso se escucha en los cinco discos que legó.

El primero de ellos se titula *El último romántico*, editado por Global Entertainment y allí el humanista da vida a doce piezas de arte con su tesitura de tenor abaritonado, que con el tiempo, práctica, estudio y desarrollo natural, se tornó tenor lírico.

Todos sus discos los grabó con otro compañero de ruta, el pianista Antonio Bravo, alumno de Mario Lavista, Horacio Franco, Paul Badura-Skoda y Franco Donatoni.

*Del cabello más sutil* es el título de la pieza que abre este primer disco y a esa gema escrita por Fernando Obradors se le unen la canción napolitana, española, italiana, vienesa, dichas con la dicha de hacer música: línea de canto, colocación precisa, emisión plena, compromiso, verosimilitud. Pasión. Y así suenan en ese disco espléndido canciones de Manuel de Falla, Pérez Soria, Moreno Torroba, Paolo Tosti, Eduardo Di Capua, Rodolfo Falvo y Franz Lehár.

Es sábado. Carlos Montemayor junto a su piano de más de un siglo de antigüedad:

El contenido del disco *El último romántico* se puede definir como piezas de arte de canto, piezas de concierto. La ópera no suele escucharse con acompañamiento de piano en disco, por lo regular el acompañamiento de orquesta es el referente inmediato de quien se acerca a la música de concierto. En cambio la canción de concierto, o canción de arte, por su propia rareza o por su poca frecuencia discográfica suele ser más aceptada con acompañamiento de piano. Gran parte de la música de Tosti, de la





música española, puede desenvolverse muy bien en conciertos de cámara con voz y piano.

Era su primer disco. Hubo muchas cejas levantadas. Como en todas sus obras que ahora son legado invaluable, Carlos Montemayor siempre nadó a contracorriente, imprimió su pasión a una labor de lo clandestino que enaltece todavía más su noble trabajo.

Hubo tiendas de discos, me contó en otro sábado, que se negaban a aceptar en venta para sus clientes *El último romántico*, “porque dicen que soy escritor y no tengo por qué meterme en otras áreas. Hay mucha resistencia a creer que un escritor pueda cantar y se le pueda apoyar con una infraestructura orquestal”.

Al final, todos se rindieron ante las evidencias. No sólo hubo un segundo disco, sino cinco más, si contamos las grabaciones que dejó listas con canciones alemanas. Y si consideramos que el segundo es doble, suman siete.

La presentación de *El último romántico* en Bellas Artes fue una apoteosis. Los asistentes que llenaron a tope la Sala Ponce celebraron con vítores la demostración de calidad del tenor y del pianista.

A *El último romántico* siguió un disco doble, ahora bajo el sello Ediciones Pentagrama, con título irresistible: *Canciones napolitanas e italianas*: veinticinco tesoros líricos de ese ámbito maravilloso que recibe el nombre genérico de romanza de cámara y que fue concebido, cultivado y llevado a su máxima expresión por los grandes maestros italianos entre quienes figuran Bellini, Rossini, Verdi, Puccini, Leoncavallo y Paolo Tosti.

La romanza, del francés romance, nace de poemas breves de luenga intensidad, cercana al *lied* alemán. La romanza de cámara italiana suele conservar una esme-

rada atención al movimiento natural de la voz a partir del registro medio.

La interpretación de Carlos Montemayor en este disco suculento se emparenta, por sus logros y virtudes, a la intención del director de orquesta rumano Sergiu Celibidache, quien además de materializar la belleza sonora, logra encarnar lo inmaterial, lo arcangélico del alma.

Un ejemplo de la belleza contenida en ese segundo álbum grabado por Carlos Montemayor lo podemos degustar en la pieza titulada *Malia*, con un poema de Pagliara y música de Paolo Tosti que dice en algunos de sus versos:

Pero ¿qué hay en tu suave movimiento,  
viene acaso un hechizo contigo?  
Tiembla el aire por donde tú vas,  
nace una flor donde posas tu pie.

Es el alma de un poeta la que canta. Y a diferencia de muchos divos de la ópera, el maestro Montemayor decía, enunciaba, se comprometía con cada letra, cada palabra, cada verso, más allá de la filología, de la prosodia, de sus conocimientos eruditos de muchas lenguas extranjeras. Horas y horas en la biblioteca de su casa, con el maestro Antonio Bravo al piano. Y mucha pasión.

Todo esto quedó de manifiesto nuevamente en el tercer disco de Carlos Montemayor: *Canciones de María Grever*, repertorio que ya había recibido tratamientos personales de José Mojica, cuando pertenecía a la compañía de Ópera de Chicago, de Nicolás Urcelay, conocido como “el Caruso yucatanense” y otros tenores como Alfonso Ortiz Tirado, Néstor Mesta Chaires y Juan Arvizu.

En sus intensas sesiones de “tallero”, Montemayor y Bravo tomaron en cuenta también las versiones de te-



nores contemporáneos, como Plácido Domingo, José Carreras, Ramón Vargas y Fernando de la Mora.

Al escucharlas descubrieron muchas cosas, entre ellas que no se trata de la repetición de un texto sino de la forma de apropiarse de una estructura melódica del momento que da como resultado una individualización de la interpretación. El secreto, descubrió Carlos, reside en la naturaleza del género romanza, donde resulta evidente que una romanza de Schubert o de Grieg no suena igual en cualquier intérprete, sino que suenan en la manera como ese intérprete ha logrado entenderlas.

Es en ese sentido —razonaba Carlos— que existe en México mucha música tipo romanza, *lied*, mucha música valiosa, canciones de arte. “Así que empezamos con las de María Grever”.

La individualización que hizo Carlos Montemayor la explicaba en tres razones:

Una, la naturalidad y llaneza de la expresión; dos, el no interpretarlas a partir de las referencias musicales de los antiguos o modernos intérpretes sino, tres, debido a la carga de apertura, vigor, fuerza o decisión que traemos Antonio Bravo y yo del estudio de la música italiana, es muy posible que la tradición que nos influyó en este disco es la interpretación napolitana y vienesa. Estos rasgos no son visibles en otros intérpretes.

Ese proceso de individualización, de compromiso y pasión musical creció en los siguientes discos, ahora tristemente póstumos: *Zarzuela y cantos de España*, y *Concierto mexicano*.

Hace pocos sábados, el 30 de enero, Carlos Montemayor me propuso publicar en *La Jornada* un poema

en lugar de una nota para dar noticia de la muerte del poeta Tito Maniaco, de Udine, uno de sus amigos entrañables. La idea me pareció genial. Al releerlo el sábado 27 de febrero, cuando Carlos inició su largo viaje hacia la luz, me iluminó la belleza de su conciencia, la clara luz de su alma: en la partida de su amigo espejeaba la propia:

Dicen que mi amigo ha emprendido un largo viaje.  
Me imagino que se trata de una nueva jornada hacia  
[la luz.

Una luz ahora lo recibe, lo comprende  
y le explica cómo somos.

Escuché entonces en mi mente las palabras que le escuché en su casa un sábado, junto a su piano de más de un siglo de edad:

La voz es el sonido de nuestra especie: así suena el cuerpo humano, así vibra la realidad humana. Es la fuerza de la tribu. El canto convoca a toda la especie y ésta es toda la gracia del arte vocal en sus distintos momentos, espacios, alturas, fortaleza o suavidad. La música vocal es la que comunica más rápida y profundamente a los humanos. Es la esencia de lo que somos.

El sábado 27 de febrero de 2010 hubo luna llena. El pensamiento, la forma de vida budista (un sábado nos encontramos en el Centro Histórico: él y Susana venían de la Feria del Libro de Minería; Edith y yo de hacer fila sin conseguir ver las reliquias budistas. El budismo es también la vida, disfrutemos, comentamos los cuatro riendo) realizaron esa noche de sábado una ceremonia de luna llena, de acompañamiento. Al día siguiente, domingo, confluyó con otro ritual, la conmemoración del Parinirvana, la fecha en que el Buda abandonó su cuerpo.

Carlos Montemayor decidió permanecer unas horas más luego de su último sábado en este plano temporal. Trascendió al mediar la hora tercera del domingo.

Como en toda buena tarea que se realiza, nos faltó ponerle fecha definitiva a la presentación de sus nuevos discos, que ahora circulan de manera póstuma. La pieza final de uno de estos dos discos, *Concierto mexicano*, es muy especial, un retrato del alma: *Un madrigal*, de Ventura Romero, que cada vez que la interpretaban Antonio Bravo y él, terminaba invariablemente bañado en lágrimas de emoción el tenor, el hombre de letras, el luchador social, el niño que vio nacer la música de las uñas quebradas y negras de un minero, hombre duro en apariencia, noble de corazón, el hombre recio y noble que luchó por la justicia, maestro en toda la extensión del término, don Carlos Montemayor.

Ahora realiza una nueva jornada hacia la luz.